

### **3º. Domingo de Pascua. Año C**

#### **Lectio divina Jn 21,1-19**

---

Tras el encuentro de Jesús con sus discípulos en Jerusalén, cuando el Resucitado tuvo que dejarse ver y tocar para que creyeran en él, los discípulos habían regresado a sus hogares y a su oficio, la pesca en el lago de Galilea. Y allí tuvo que volver a aparecerseles Jesús resucitado para, compartiendo su vida diaria, convencerles de la realidad de la nueva vida. Porque el Resucitado convivió con ellos en sus tareas cotidianas, podrán cumplir después mejor, con mayor convicción y mejores argumentos, su misión de testigos.

El relato, sencillo en apariencia, esconde dos preocupaciones básicas de su autor: primero, la demostración de la realidad de la resurrección de Jesús, a la que sirve la detallada crónica de una pesca milagrosa y la invitación de Jesús a comer en común; segundo, la concesión a Pedro de una tarea de servicio en la comunidad. A lo largo de la narración sobresale la figura de Pedro; aunque no es el discípulo preferido, se le preferirá para confirmar la fe de los demás; con todo, deberá pasar por el escrutinio público de su amor a Jesús: y la confirmación de ese amor, pública y repetida, le conseguirá la confirmación de su misión primacial. No fue el discípulo mejor amado, sino el más amante, quien obtuvo la responsabilidad de cuidar y guiar a sus hermanos.

El ministerio en la Iglesia se fundamenta sobre hombres débiles, que saben haber convivido con el Señor que predicaban, porque no pueden dudar del amor que le tienen: amar a Cristo impone tener la fe de los hermanos como tarea de la vida. Si es de agradecer que no haya que ser perfectos para optar a ser pastores de la comunidad, no habría que olvidar que el ministerio es obligación para los que aman a Cristo de verdad.

---

**<sup>1</sup>En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: <sup>2</sup>Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. <sup>3</sup>Simón Pedro les dice:**

**—«*Me voy a pescar.*»**

**Ellos contestan:**

**—«*Vamos también nosotros contigo.*»**

**Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. <sup>4</sup>Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. <sup>5</sup>Jesús les dice:**

**—«*Muchachos, ¿tenéis pescado?*»**

**Ellos contestaron:**

**—«*No.*»**

**<sup>6</sup>Él les dice:**

**—«*Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.*»**

**La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. <sup>7</sup>Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro:**

**—«*Es el Señor.*»**

**Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. <sup>8</sup>Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. <sup>9</sup>Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice:**

**—«*Traed de los peces que acabáis de coger.*»**

**<sup>11</sup>Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.**

**<sup>12</sup>Jesús les dice:**

**—«*Vamos, almorzad.*»**

**Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.**

**<sup>13</sup>Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.**

**<sup>14</sup>Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.**

**<sup>15</sup>Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro:**

**—«*Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?*»**

**Él le contestó:**

**—«*Sí, Señor, tú sabes que te quiero.*»**

**<sup>16</sup>Jesús le dice:**

**—«*Apacienta mis corderos.*»**

**Por segunda vez le pregunta:**

**—«*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*»**

**Él le contesta:**

**—«*Sí, Señor, tú sabes que te quiero.*»**

Él le dice:

—«*Pastorea mis ovejas.*»

**17** Por tercera vez le pregunta:

—«*Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?*»

Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó:

—«*Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.*»

Jesús le dice:

—«*Apacienta mis ovejas.*»

**18** Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.»

**19** Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió:

—«*Sígueme.*»

---

#### I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Jn 21 es, en realidad, un apéndice añadido al evangelio ya concluido (Jn 20,30-31), una especie de epílogo: la historia de Jesús acaba en Jn 20,31, no así la historia de sus discípulos, que continúa con el regreso y nuevas encomiendas del Resucitado en Jn 21. Parece que redactor posterior añadió este capítulo para no permitir se perdiera material tradicional conocido en la comunidad juánica en torno a la suerte del discípulo amado. En este capítulo domina, además, un evidente interés por la comunidad de creyentes, cuyo liderazgo se confía a Pedro.

Nuestro episodio incluye casi todo el capítulo 21, que está formado por dos partes: la primera (Jn 21,1-14) narra la tercera aparición de Jesús, localizada ahora en Galilea, a siete discípulos (Jn 21,2), durante la cual convirtió una pesca infructuosa en abundancia compartida en comida común (Jn 21,12). La segunda parte (21,15-23) contiene casi exclusivamente dichos de Jesús que renuevan tareas e imponen urgencias comunitarias a Pedro. Ambas escenas, a pesar de las innegables diferencias formales y de contenido, reflejan una unidad íntima: Jesús (Jn 21,14.5.7.9.12.13.14.15.17) y Pedro recorren todo el relato (21,2.3.7.11.15.16.17), el primero como protagonista, el segundo como su privilegiado interlocutor, primero, en una pesca milagrosa y, después, en su destino al pastoreo de la grey de Jesús.

La tercera aparición de Jesús viene situada, sin preparación previa, junto al mar de Tiberíades (Jn 6,1). Los discípulos han vuelto, se supone, a la vida diaria. Y es en medio de ella, en una jornada de duro trabajo, cuando el grupo de discípulos tendrá una experiencia del Resucitado. El mar es el lugar de trabajo, pero también del encuentro con Jesús; es de noche, el tiempo apropiado para la pesca, pero impide la visión. En la ausencia de Jesús, los discípulos no consiguen hacer con éxito lo que saben, ser pescadores (Jn 21,3).

Tras una noche de trabajo, Jesús se les hace el encontradizo al alba (Jn 21,4). Aún sin ser conocido, habla con ellos (como sucedió a María: 20,14, y a los de Emaús, Lc 24,16), pidiéndoles de comer en tono familiar (Jn 21,5: *muchachos*). No saluda ni da paz, se les presenta como necesitado. Más que comida, pide algo con lo que acompañar el pan (Lc 24,41). Su petición lleva a los discípulos a reconocer su pobreza y el fracaso; no tienen para dar de comer. Aceptada su carencia, Jesús les ordena volver de nuevo, intempestivamente, al trabajo, asegurándoles resultados (Jn 21,6). La obediencia al desconocido supera las mejores expectativas: la red se colma de peces. Todo se debe a la palabra del Aparecido.

En los relatos de apariciones, es normal, Jesús no es reconocido si él no se da a conocer (Jn 20,15; Lc 24,16). Aquí, y es rasgo típico del evangelista, lo reconoce el discípulo *amado* quien se lo comunica a Pedro (Jn 21,7; cf. 20,8). La reacción de Pedro, precipitado y generoso, subraya el protagonismo que tiene en toda la escena: quiere pescar y se deja acompañar de los demás (Jn 21,3), se tira al agua al encuentro del Señor (Jn 21,7) mientras los otros discípulos arrastran a tierra la pesca abundante (Jn 21,8). Pedro se comporta como patrono de la embarcación; saca a tierra la red, y trae de la abundante pesca unos cuantos pescados; el botín – sabe con precisión el narrador – se elevaba a 153 peces grandes, que no rompieron la red (Jn 21,11).

Los discípulos se encuentran con el Señor y con una comida preparada, un pescado a la brasa y pan (Jn 21,9), alimento típico de pescadores en Galilea. No se dice quién había pensado, mientras tanto, en el alimento; la orden de Jesús parece que descartarle a él (Jn 21,10). El reconocimiento del Resucitado, que se les había hecho el encontradizo durante su trabajo diario, ocurrió durante una comida: cuando coman con él todos sabrán quién es (cf. Lc 24,35). Y de hecho, aceptada su invitación (Jn 21,12), ningún discípulo se atrevía a preguntarse sobre su identidad; sabían muy bien que era, realmente, el Señor (Jn 21,13; cf. 6,11; Lc 24,30.42-43; Hch 10,41).

Acabada la comida, Jesús confiere el gobierno de la comunidad a Pedro. Los demás discípulos, excepción hecha del *amado* por Jesús desaparecen del relato. La primacía de Pedro es un tema conocido en la tradición evangélica (Mt 16,17-19); resulta significativo que el cuarto evangelio que, en su inicio, se ocupó del cambio de nombre de Pedro (Jn 1,42) termine con la imposición de su nueva misión (Jn 21,15.16.17).

El episodio incluye dos momentos, la imposición de la tarea pastoral (Jn 21,15-17) y el anuncio del testimonio de sangre (Jn 21,18-23). Jesús abre un escrutinio de amor e impone a Pedro una misión que le es propia (Jn 10,1-21). El diálogo, rápido y reducido a lo esencial, sigue un esquema fijo: por tres veces una misma cuestión provoca una misma reacción y se confiere idéntica encomienda. A la pregunta de Jesús (Jn 21,15.16.17), sigue la respuesta afirmativa de Pedro (Jn 21,15.16.17), que

provoca la concesión de la tarea (Jn 21,15.16.17). La triple pregunta de Jesús ocasiona la tristeza en Pedro (Jn 21,17), quien tiene que recurrir a la omnisciencia de Jesús, característica divina, para convencerle de su amor. Jesús ha iniciado el diálogo pidiendo el amor más grande. No parece, con todo, que con este interrogatorio, Jesús estuviera probando la fidelidad del único discípulo que le había negado tres veces (Jn 18,15-28.25-27); lo rehabilitaba no tanto para la convivencia sino para la misión: Pedro no retorna en su compañía, es enviado a los hermanos (Lc 22,32).

La escena no se centra, pues, en la recuperación para la fidelidad personal, aunque la incluya, del discípulo traidor. Es, más bien, la crónica de una investidura, de la concesión del ministerio pastoral a Pedro; ha de cuidarse de la grey de Jesús, después – y sólo después – de haber proclamado su amor y su dedicación al Señor. Lo cierto es que Pedro se rehabilita públicamente confesando públicamente su amor por Jesús y doliéndose de tener que repetirlo.

Si en los sinópticos Jesús quedó impresionado por la fe de Pedro (Mc 8,27-29), en Jn quedará convencido sólo por su protesta de amor: antes que nada el ministerio pastoral es ejercicio de amor a Jesús. Amar a Cristo implica responsabilizarse de los cristianos. Jesús no concede el gobierno pastoral de su comunidad a quien mucho prometió (Jn 13,13,36-37), ni siquiera a quien era el más amado y mejor creyente (Jn 21,7); se lo mandó, y por tres veces, a Pedro, quien más se tuvo que empeñar en hacer protesta de su amor. El rebaño sigue siendo de Jesús; a Pedro le compete su guía y cuidado; la propiedad no cambia, la responsabilidad pastoral reposa sobre el que más ha de amar. Hay que advertir, y no es indiferente, que la investidura de Pedro como pastor único va unida a la predicción de su martirio. Quien comparte con Jesús el oficio de pastor (Jn 10,11-18) tendrá que compartir suerte y destino (Jn 15,13); sólo así garantizará como verdadera su encomienda. El mandato de Jesús que exige ser seguido le impone a Pedro un trágico final y, al mismo tiempo, se lo posibilita, sabiendo que camina tras las huellas de Jesús. El seguimiento, imposible antes de la muerte de Jesús (Jn 13,36) es ahora imperativo: *tú, ¡sigueme!*. La suerte solidaria de Pedro con Jesús, una solidaridad que culmina la misión pastoral, no incluye que Pedro dé la vida por los demás (Jn 10,11.17-18), sino que la dé por su Señor (Jn 13,37).

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Según nos relata el evangelio, los discípulos estaban demasiado ocupados con su tarea como para ocuparse de lo que ya sabían. En lugar de dedicarse a ser testigos de Jesús y portadores de paz, se preocupaban de ganarse el sustento diario; les pudo más la necesidad de comer que la obligación de predicar el evangelio. Como Pedro, que arrastra a los demás a la pesca nocturna, tantos creyentes hoy se afanan por trabajar más para mejor olvidarse del encargo recibido de Cristo Jesús: como él, somos muchos los que hemos celebrado la resurrección estos días y sabemos que Él está vivo. Pero igual que Pedro, nos ocupamos de faenas más útiles, menos comprometidas, con tal de no llevar adelante la que Él nos ha encomendado. No es que Pedro, -¡ni nosotros!-, hiciera algo malo, ocupándose sólo de pescar; hacía ciertamente lo necesario para vivir, pero silenciaba lo que sabía sobre Cristo, que vivía realmente; callándose, le daba por muerto delante de los suyos.

Y puesto que aún haciendo cosas buenas, no cumplía la voluntad del Resucitado no conocía el triunfo de su trabajo: *aquella noche no cogieron nada*, nos recuerda el evangelista. Y es que no puede ser fructífera una ocupación, un trabajo, la ilusión o el esfuerzo, que no sea consecuencia de la vocación que cada uno ha recibido de Dios; quien sabe que Jesús está vivo, aunque una mayoría lo crea muerto o simplemente no se interese por Él, no puede callarse su experiencia y ocuparse de lo que no es su misión primera. No basta, pues, con no hacer nada malo; es suficiente con que no digamos al mundo lo que sabemos; seguiremos viviendo inútilmente, trabajando en la noche y regando con nuestro sudor la mar, mientras no nos ocupemos en proclamar con la vida lo que de Jesús sabemos: que Él vive y que vivimos nosotros para hacer creíble este testimonio, para recordar al mundo que Cristo es su vida.

Presentándose de nuevo, Jesús mandó a los suyos pescar cuando ya no era oportuno. Extraño comportamiento el de Jesús, que no se molesta porque los suyos no hicieran lo que les mandó y les manda hacer lo que no es usual. Los discípulos, que han desoído ya el mandato de Jesús Resucitado, deben aprender que es la obediencia lo que les va a dar eficacia en su vida diaria: tiran las redes, cuando era hora de recogerlas; y si de noche las recogieron vacías, al amanecer se les llenarán de peces, contra toda lógica. Con Jesús el éxito está asegurado, aunque vaya contra la propia experiencia; sin Él, todo esfuerzo resulta vano. Y quien, por amar más mejor lo sabe, reconoce con mayor facilidad, que el desconocido es el Señor. El discípulo que sabía que Jesús le quería, es el primero en reconocerlo. El amor es la mejor manera de adivinar la presencia del amigo en un desconocido; y es que quien más ama, más fácilmente cree.

No caemos en la cuenta de que muchas de nuestras dificultades para dejarnos convencer por Dios, nosotros los ya creyentes, residen en nuestra incapacidad para sabernos queridos por Dios: necesitamos pruebas, porque no estamos seguros de Dios, de su amor, de su afecto. A diferencia del discípulo amado, el primero que creyó ante una tumba vacía, el primero que reconoció al Señor tras una pesca milagrosa, no estamos seguros de su amor y no nos podemos creer que nos quiera de verdad: son tantos los fracasos, las desventuras, las noches que debemos pasar solos y sin conocer el éxito que esperábamos, que nadie ya nos puede convencer de que Él está con nosotros, intentando darse a conocer; si le obedeciéramos, volviendo a nuestras actividades y confiando en su palabra, volverá a nosotros el entusiasmo de saber que nos acompaña de nuevo.

Podríamos, al menos, reaccionar como Pedro, que no supo en un principio reconocer a su Señor; pero que al oír que de Él se trataba, se lanzó al mar semidesnudo y sin considerar el riesgo que afrontaba: ese mar que la noche anterior no le había dado nada, era el mismo mar por el que venía a su encuentro el Señor. El fracaso anterior no le llenó de miedo o de reparos: *al oír que era el Señor, se echó al agua*. Pero, ¿cómo sabremos nosotros hoy que el Señor está con nosotros y a nuestra disposición, si no nos ocupamos de pescas nocturnas en el lago de Galilea, como hicieron los primeros discípulos? La respuesta nos la da el relato: ellos sabían que era el Señor, puesto que les invitó a comer juntos: el recibir el pan y el pescado de las manos de Jesús, les convenció de que era el Señor y *ya ninguno se atrevió a preguntar quién era*.

Si no hubieran oído del desconocido la invitación a compartir el pan y a acallar su necesidad, no lo habrían reconocido. Pero sabiendo que Jesús, el auténtico maestro, se había ocupado tantas veces de satisfacer sus hambres, reconocieron su voz en la invitación a comer juntos. Si es que queremos también nosotros reconocerle vivo y cercano a nuestras vidas, ¡ojalá que oigamos hoy su invitación a compartir su pan y a satisfacer nuestra necesidad!; nos privamos de saberle entre nosotros, porque desatendemos su invitación a compartir su pan y su cuerpo. No es casual, - ¡todo lo contrario! -, que se nos haga más difícil creer cuanto menos lo recibimos en nuestra vida a través de la eucaristía: sin acercarnos a su mesa, ¿cómo sabremos que está vivo y que vive preocupado por nosotros?. Seremos como esos discípulos que, aunque lo conocían, se empeñaban en seguir pescando, trabajando de noche, sin esperar a que Él les diera la siguiente mañana la certidumbre de su presencia y el éxito a sus afanes.

El ejemplo de Pedro debería, no obstante, animarnos: no fue el preferido de Jesús, pero se atrevió a preferir a su Señor contra toda lógica, lanzándose al mar; bien sabía que Jesús quería más a otro, pero dejó que Jesús le preguntara en público si lo amaba más que los demás. Y porque se arriesgó a confesar repetidas veces que amaba a su Señor fue el preferido para guiar a los demás discípulos. Jesús, curiosamente, no eligió a quien él más amaba y quien antes le reconoció; puso al frente de su comunidad a Pedro, el discípulo que más veces le había negado y más veces le prometió su amor. Seguir a Jesús no implica ser mejor ni saberse su mejor amigo, pero hay que estar tan seguro del amor que se le tiene como para atreverse a proclamarlo ante el mundo. Si no hay que ser ya bueno, todos podemos prometerle amor y ser, como Pedro, elegidos.